

Los sigilosos senderos de documentar la memoria libertaria

Jordi Maíz

CALUMNIA EDICIONS (ESPAÑA)

El guardián del pasado, vigía de memoriales

En mayo de 2012, quien fuera otrora Ministro de Defensa del estado español, Pedro Morenés, ofrecía una rueda de prensa en la que afirmaba que la desclasificación de una partida cercana a los 10.000 documentos secretos se paralizaba. La excusa al uso era que otros gobiernos habían realizado la misma actuación y, por otra parte, que no quería contribuir a generar con esos documentos “ruido mediático”. Se trataba de testimonios escritos que ofrecían –al menos eso podemos suponer–, información sensible sobre el estado español entre los años 1936 y 1968. La noticia no quedó en anécdota y su triste contenido no hace sino corroborar la permanente opacidad con la que las instituciones tratan algunos episodios de la historia reciente, que digámoslo claro, pueden poner en tela de juicio a esas mismas instituciones que los generan.

Como bien se pueden imaginar, los archivos policiales y judiciales acogen buena parte de la información descriptiva sobre algunos de los sujetos partícipes del heterogéneo movimiento libertario (ML). Evidentemente, esos archivos sólo recogen una parte ínfima de sus diversas expresiones, pero lo hacen –documentalmente– desde

supuestos poco amistosos, ofreciendo en la mayoría de casos una visión determinista del sujeto que describen. Además, a este hecho debemos añadir que el acceso a los archivos dependientes del Ministerio del Interior del Gobierno de España o de otros gobiernos cercanos, en sus múltiples variables, pese a las disposiciones constitucionales de libre acceso, ofrecen un camino tortuoso para poder llegar, como si de un laberinto se tratase, a encontrar la información deseada.

La *Ley Orgánica de Protección de Datos* (Ley 15/1999) de España hace referencias directas a los datos contenidos en ficheros bajo custodia policial estableciendo, en su artículo 23, que *los responsables de los ficheros que contengan los datos a que se refieren los apartados 2, 3 y 4 del artículo anterior podrán denegar el acceso, la rectificación o cancelación en función de los peligros que pudieran derivarse para la **defensa del Estado** o la **seguridad pública**, la **protección de los derechos y libertades de terceros** o las **necesidades de las investigaciones que se estén realizando***. Así se nos ofrece un escenario legalmente complejo para quienes, sin ser familiares directos de víctimas, represaliados o simplemente vigilados por el Estado, pretendan acceder a según qué datos en función del criterio de las autoridades policiales o judiciales. ¿Qué contienen estos archivos? ¿Quién controla su acceso? Y otras tantas incógnitas, muestran una panorámica compleja.

Del mismo modo, no son pocas las dificultades que encontramos para acometer fuentes primarias que debían generar algunos actores del anarquismo como sindicatos, ateneos o estructuras no formales como los grupos de afinidad. Muchos datos se conservan en archivos privados no consultables siempre, como pueden ser memorias o correspondencia privada, a las que su acceso y consideración se vuelve más problemática si cabe, en tanto que el acceso o el conocimiento de los mismos dependen de los contactos y afinidad que se tenga con personas cercanas a ese entorno. La mayor parte de custodios documentales cuentan también –a nuestro entender– con un grave obstáculo, su accesibilidad está reducida a unos horarios ciertamente incompatibles con la mayor parte de horarios laborales, familiares o personales. En este sentido, las consultas suelen quedar reducidas a

momentos muy puntuales y concretos, con prisas y con la constatación de encontrarse ante una nueva dificultad.

Sin duda, otro de los problemas que hemos abordado a lo largo de estos años es la dispersión y la irregularidad documental. La intermitencia hace referencia básicamente a los periodos vacíos o con escasa documentación sobre los sujetos a analizar, unas etapas desérticas cuyo análisis no se aborda o se analiza desde fuentes históricas poco amistosas con el sujeto en sí, como sería el caso de la prensa obrera socialista o bien de prensa burguesa o de documentos institucionales. Cuando se analiza el anarquismo, muchas de sus propuestas y logros se realiza desde una óptica no cuantitativa, es decir, desde metodologías próximas a la historia social, cultural o política, donde lo vivencial juega un papel determinante.

En cierto modo, esta problemática se está abordando desde una nueva óptica historiográfica horizontal y propia de la era de la comunicación, en la que tímidamente se están formando redes de archiveros, documentalistas e historiadores que colaboran entre sí intercambiando fuentes, ideas y experiencias que facilitan el estudio, y reducen sensiblemente tiempos y, porque no decirlo, gastos. Fruto de esta colaboración son las múltiples iniciativas en la que se agrupan digitalizaciones de prensa obrera, pero cuya estructura y personal suelen ser precarios en muchos casos y, en otros tantos, un esfuerzo individual titánico. Merece la pena recordar que, en la actualidad, al menos *de iure*, se considera como uno de los derechos humanos fundamentales el de poder ejercer el derecho de libertad de expresión y de información, ambos quedan recogidos en las normativas como ejemplo el Convenio Europeo de Derechos Humanos (2019, artículo 10). Sin embargo, esta alusión jurídica se convierte en ilusión y queda muchas veces en tela de juicio, pues tanto la libertad de expresión como la libertad de información y de acceso a la misma queda limitadas por otras jurídicas con las que entran en conflicto.

Citemos un ejemplo que hace referencia directa a la libertad de expresión; hablamos de finales de finales de 2007, cuando el Juzgado de Primera Instancia de A. Estrada en Pontevedra, acabó por desestimar

la denuncia de la familia de Manuel Gutiérrez (Iglesias, 2007), jefe falangista y posteriormente alcalde franquista de Cercedo contra el historiador Dionisio Pereira. El historiador había sido acusado por la familia del citado Gutiérrez de atentar contra el honor del mismo y de su familia, al incluirlo en el listado de participantes o instigadores de actos que acabaron con la vida de diversas personas durante el inicio del golpe de estado fascista en España en 1936 (Pereira, 2005, pp. 501-515). A pesar de que el caso quedó aparentemente cerrado, abrió una serie de debates en el seno de la historiografía memorialista. Resumiendo, el primero de ellos hace referencia a la veracidad y uso de los testimonios orales en los trabajos de memoria histórica; mientras que el segundo, debate sobre la responsabilidad del historiador ante el conocimiento de datos relevantes que documentan el uso de la violencia, en muchos casos con resultado de muerte por parte de sujetos históricos. ¿Podemos silenciar esa información?

El caso de Pereira es quizás la punta del iceberg, que visibilizó de algún modo cierto *modus operandi* entre quienes desde tiempos casi inmemoriales controlan las instituciones y actúan, en beneficio propio. En muchos casos, el control que ejercen sobre determinadas instituciones les convierte, en la práctica, en propietarios de la información común de las sociedades que en cada uno de estos lugares se han ido desarrollando. En mi experiencia personal, me he encontrado con situaciones agotadoras ante la petición de documentos: consultas que incluyen silencios, respuestas ausentes o, en cierto caso reciente sobre un tribunal militar con resultado de muerte para un anarquista mallorquín Josep Cirerol de finales del siglo XIX (Maíz, 2019), con un periplo que me derivó, al menos, a seis archivos militares, quienes me redirigían entre ellos para acceder al citado expediente, el cual por cierto no apareció nunca. Esta extraña sensación amarga, que combina dosis de frustración y cierta rabia, se enrarece cuando le sumamos horarios públicos inexistentes de consulta e incluso, en algunos casos, la afirmación de que determinada documentación no se nos podía facilitar al considerarse de especial sensibilidad. Esta sensibilidad siempre queda adscrita al criterio del archivero local o

personal de turno, saltándose la normativa existente sobre consulta y acceso a la información.

Esta especial sensibilidad que he citado, al menos para algunos casos que nos hemos encontrado, no se trata de elementos de altísimo secreto estatal o que afecten a la seguridad e integridad de la nación española como tal, sino más bien, en el espacio micro-local, de nombres de personas que se encargaron de la represión, detención, señalamiento e incluso asesinato de sindicalistas, profesoras, zapateros..., y otros tantos convecinos suyos. Buen ejemplo de ello fue la conversación que mantuve en 2012 con un archivero local ya jubilado, que me enseñó una carpeta que guardaba bajo llave en su despacho, a la que hacía alusión de la siguiente manera:

—Mira, esta carpeta incluye todos los registros nominales que me pides. Pero no te la voy a dar. ¿Sabes por qué?

Supongo que mi expresión facial exigía algún tipo de respuesta.

Se levantó y se acercó a la ventada del citado despacho y me dijo:

—Mira, ves aquellos viejetes. Y si yo te digo que alguno de ellos aparece en la misma. Claro yo no puedo arruinar la vejez de esas aparentemente inocentes personas que están en la etapa final de su vida.

—Entiendo que eso quiere decir que no me va a dejar consultar la documentación que le he pedido. En cierta medida —le comenté— entiendo que esa documentación no está ni catalogada ni existe de forma oficial.

Y asentó con la cabeza. A lo que señaló:

—Mira eso era así desde que yo accedí en los años ochenta a esta oficina —y añadió— Igual cuando me muera y ellos también lo hagan esto se hará público. Conozco a los verdugos, pero también conozco a las víctimas, e incluso —sentenció— algunos de sus descendientes son buenos amigos hoy en día.

Fue lo último que me dijo.

Abandoné el archivo y aún a día de hoy sigo en estado de perplejidad. Aunque cada vez es menos habitual, en ocasiones hablamos de personas vivas que en muchos casos han permanecido, permanecen y permanecerán en el anonimato, mientras que los delitos represivos que han cometido sean secretos, a instancias de archivos municipales donde, cierto es, todo el mundo se conoce. Además de los testimonios orales, también tenemos en determinados casos soporte documental que certifica lo que se había retenido y silenciado durante tantos años, el propio Dionisio Pereira afirmaba en una de tantas entrevistas que tuvo que afrontar después de que su caso se convirtiera en mediático: ¿Cómo se documenta un *paseo* sin acudir a los testimonios orales?, a lo cual podemos añadir, ¿Cómo se documenta un paseo cuando se nos niega el acceso a documentos en los que se documentan ese paseo, cuyo resultado habitual era la muerte del paseado?. Y no resulta de ser paradójico que para estudiar buena parte de las expresiones y prácticas anarquistas debamos acudir de forma irremediable a la represión sobre las mismas, pues se desarrollan en un ambiente de continuo hostigamiento, vigilancia y violencia.

¿Estamos dispuestos a soportar estos índices de impunidad? Y, del mismo modo, ¿estamos dispuestos a renunciar a someternos a un calvario judicial para ejercer nuestra libertad en el ámbito de la investigación? La respuesta evidentemente es un NO mayúsculo, pero eso no quita que el desgaste y la desmoralización se presenten, máxime cuando en muchas ocasiones se desconoce el trabajo que existe detrás de las investigaciones sobre memoria histórica, documentaciones de procesos revolucionarios u otros temas que no son siempre tan mediáticos. El acoso judicial al que algunos han sido sometidos aspiraba a judicializar el relato histórico, ofreciendo así una visión troquelada por los estamentos judiciales para uso y consumo de las generaciones actuales y venideras. Por ejemplo, abordar el estudio de la publicación anarcosindicalista mallorquina *Cultura Obrera*, sin apenas relatos en primera persona (Floristán, 1991), nos sitúa nuevamente en el fatal desenlace del asesinato, casi al completo, de su consejo de redacción, que aún, a finales de 2019 se encuentra

por identificar en la fosa común de Porreres en Mallorca, sin que apenas nadie les reivindique y les relate ese momento preciso en el que fueron protagonistas de un presente histórico, único e irrepetible.

Desde nuestro punto de vista, abordar los anarquismos históricos sería como enfrentarse, si se me permite el símil, a una carrera con obstáculos de larga distancia, en la que se nos presentan vallas, fosas, vueltas y frentes que no siempre son fácilmente predecibles. Barreras que cada uno solventa como puede y cuyos resultados difieren mucho en función del tema que se aborde, del lugar en el que se estudie y de la persona o institución con la que debemos intercambiar información. Así ha ocurrido por ejemplo con el proyecto *Totes les causes* que, mediante una subvención del Ministerio de Presidencia, logró digitalizar 2.761 causas judiciales relacionadas con la represión ejercida en Mallorca entre 1936 y 1939. Los cerca de 300.000 documentos fotografiados por la asociación *Memòria de Mallorca*, fueron durante un momento una excelente ayuda para los que nos acercábamos a los testimonios sobre esos desgraciados acontecimientos. Lamentablemente, con el paso del tiempo, la información que gestionaba la citada asociación se encontró sin personal para poder facilitar a los investigadores las consultas y sin un soporte informático con el que poder poner a disposición de los interesados esos archivos que habían rescatado del Archivo Histórico del Juzgado Militar de Baleares. Ni por horario, ni por accesibilidad al citado centro militar habríamos podido consultar esos documentos, su digitalización era fundamental, por lo tanto la retirada de esos materiales, volvía a provocar una ralentización en buena parte de nuestros estudios. Hace relativamente poco, la citada asociación memorialista y el gobierno insular, trataron de acercar posturas con varias reuniones para poder poner de nuevo a disposición de los investigadores dichos testimonios, sin que por el momento, estén disponibles para consultarlos de modo virtual.

El acceso a las fuentes sigue siendo la gran losa que determina buena parte de nuestras investigaciones. En muchos casos, por no decir en la mayoría, los documentos se encuentran sin catalogar,

como sucede en la Biblioteca Pública de Mahón que conserva la donación de Florià Cardona y Joan Pons que entregaron tras la desaparición de la CNT de Menorca de los archivos personales y biblioteca sindical a la citada biblioteca a cambio de que dicha documentación se restaurara cuando en la vecina isla se constituyera un ateneo anarquista. Entonces, y ya han pasado más de treinta años, las cajas, libros y actas, se acumulan en un almacén a la espera de una ubicación consultable o a su restitución orgánica. También es habitual que otras series documentales se encuentren dispersas entre múltiples unidades documentales de archivos de difícil consulta y acceso por no gozar ni de personal ni de instalaciones propias para el adecuado acceso a la información. Si a ello unimos la precaria dinámica del movimiento libertario de no documentar o conservar parte de sus procesos históricos, la situación es sumamente grave, pudiendo incluso distorsionar buena parte de las conclusiones de los estudios que se realizan.

El valor de la memoria

En el seno de los debates internos previos a la constitución de la *Coordinadora Llibertària de Mallorca* que funcionó durante los años 2013 y 2018, se discutía, entre distintos colectivos e individualidades, las acciones a emprender y las prioridades del nuevo proyecto. En ese mismo instante, en representación del *Grup d'Estudis Llibertaris Els Oblidats*, presenté varios de los planes en los que andábamos metidos: digitalización de prensa anarquista, catalogación de carteles, edición de textos, unas postales y también algunas camisetas. En definitiva, cosas que nos atraían, pero que para parte –por suerte– de las asistentes no dejaba de ser secundario. El debate fue acalorado, concluyendo, a mi entender, que buscar entre archivos, horas y horas, para plantear en determinados foros las experiencias anarquistas de Mallorca en tiempos pretéritos, era también “acción directa” de memoria histórica. Una visión que no era compartida por una parte de los presentes en las jornadas que insistían en la vía única era el

conflicto sindical para visibilizar el movimiento. Era una época en la que por aquél entonces la CNT tenía una pugna, en la que por cierto también participábamos algunos de los integrantes de *Els Oblidats*, de gran calado con el grupo de alimentación Mercadona. ¿Cómo valorar las luchas históricas del anarquismo en tiempos pasados si desde el presente su rememorización no era reclamada ni por los *continuadores* de aquellas luchas? Si esa es la situación desde el seno del movimiento libertario, no podemos esperar más de los entornos de análisis históricos externos.

Podemos decir que la historia de los anarquismos y de las anarquistas no ha tenido (salvo algunas excepciones), gran suerte en el conjunto de la producción histórica e historiográfica en el Estado español. Su análisis desde el ámbito universitario, apenas tiene unos cuarenta años de historia, en tanto que la mayor parte de los estudios sobre estos sujetos se remonta a los años setenta del pasado siglo XX; cuando buena parte de la militancia antifranquista, desde el púlpito universitario, recogía las renovadoras corrientes epistemológicas que hacía décadas circulaban por el continente europeo. Se entraba tarde, pero se ponía sobre la mesa de debate el sindicalismo, el obrerismo y las diferentes corrientes de oposición a la dictadura que, de un modo u otro, buscaban referentes anteriores a 1939. En este sentido, el terreno a analizar estaba (en la práctica) inexplorado y se multiplicaban por doquier los estudios. En este escenario, jugaban un papel fundamental las nuevas generaciones de estudiantes universitarios, quienes influidos por el marxismo y el materialismo histórico, se hacían hueco entre las estructuras propias universitarias. También jugaron un papel determinante las nuevas editoriales politizadas que fundamentalmente desde la década de los setenta, venían traduciendo a los pensadores revolucionarios más clásicos y ofrecían ya nuevas aportaciones con cierto éxito de público. Desde 1962, con Ruedo Ibérico o la colección Acracia, impulsada por la editorial Tusquets en 1973, entre otras, hacían circular miles de ejemplares entre un público ampliamente politizado y ávido de polémicas teóricas y metodológicas, se volcaban con los grandes nombres y temas históricos

del movimiento libertario transnacional (Moret, 2002; Tusquets, 2009). Mientras eso ocurría, al mismo tiempo que los sindicatos de la CNT se rearmaban, pocos se acercaban a sus vetustas sedes en busca de documentación orgánica o personal para documentar los hechos históricos que habían sido (en la práctica) silenciados por los grandes voceros de la transición.

Ese era el panorama general, con las pocas excepciones que desde el exilio, de manera intermitente, cubrían las vivencias personales y muy características de personas que habían participado de cargos orgánicos en la CNT, o eran actores de la ‘revolución social’ o de la colectividad local. En muchos casos, se trataba de autoediciones impulsadas por una segunda o tercera generación que quería dejar testimonio de lo que habían escuchado de sus familiares. Para el caso de Mallorca, el panorama era incluso menos alentador, en tanto que el golpe de Estado fascista de 1936 había borrado del mapa las expresiones populares de autoorganización y de oposición a dicho sistema político. Además, el anarquismo en las Baleares se planteaba desde ópticas anecdóticas y marginales cuantitativa y cualitativamente.

Una historia vivencial, desde lo márgenes académicos

Parece también evidente que la manía conmemorativa de la historiografía del Estado español alcanza su cenit con la llamada “Guerra Civil” (1936-1939). Un conflicto sobredimensionado de forma más que cuestionable, puesto que, un buen número de las aportaciones abordan el objeto de estudio desde un *neohistoricismo rankeano*, en la que no existen leyes, ni causas ni consecuencias y en las que las interpretaciones repiten y reeditan fuentes sin someterlas a crítica alguna. En otros tantos casos, desde una óptica revisionista, con un gran apoyo mediático y editorial, se carga contra organizaciones e individuos y se les tilda de responsables de un golpe de Estado que cometieron personas concretas con nombres y apellidos. A results de esto último, el levantamiento fascista no es más que una *justa batalla* para volver a la *normalidad* que los movimientos insurreccionales

que, por ejemplo en el octubre de 1934, habrían roto. Bajo una cortina de humo, se blanquea por doquier la figura de personajes que jamás fueron responsables ante los tribunales de los crímenes de los que se le acusa. Al margen de este debate y al hilo de la manía de conmemorar que señalaba con anterioridad, el historiador asturiano Enrique Moradielos citaba en 1986 que existían unas quince mil referencias bibliográficas sobre el período 1936-1939 (Moradielos, 2004); curiosamente apenas una generación después parte de la historia y la política revisionista, en boca de Pablo Casado, uno de los aspirantes a la presidencia del gobierno español se refería a la misma con expresiones del tipo *batallitas de los abuelos*, o con afirmaciones sobre la memoria histórica del tipo: *son unos carcas que están todo el día con la guerra del abuelo, con las fosas de no sé quién...* como afirmaba. Del mismo modo, Moradielos advertía la más que destacable desatención que se hacía, para el mismo periodo histórico hacia el análisis de la memoria. Parece evidente que la situación para el caso geográfico que analizamos no dista mucho de la realidad descrita por el mencionado autor pero, pese a ello, podríamos destacar dos ejemplos en los que ese esfuerzo memorialista ha servido y servirá como fuente primaria para algunos de los estudios que sobre el anarquismo pudieran emprenderse.

Por un lado, merece la pena poner en valor el esfuerzo documental que emprendieron entre 2006 y 2010 en Mallorca con la serie *Memòria i oblit d'una guerra*, dirigida por Pedro de Echave y Luis Ortas fundamentalmente, y con la incorporación en los guiones de Albert Herranz pretendió durante tres temporadas recoger los testimonios aún vivos sobre la guerra y la represión sufrida entre 1936 y 1939 en Baleares, en especial en Mallorca. El objetivo no era otro que dar a conocer episodios que hasta la fecha habían sido silenciados y, combatir de alguna forma, el olvido de los protagonistas y de los hechos que allí se relataban. Merece la pena recordar que el esfuerzo documental acabó con la ampliación del proyecto inicial, con su proyección regular en la televisión insular MallorcaTV y con el estreno de la mayor parte de capítulos en los pueblos a los que

hacía referencia. La mayor parte de los protagonistas entrevistados hablaban por primera vez, setenta años después, de hechos de los que incluso ni sus familiares tenían noticias. Por suerte, los testimonios también incorporaron aspectos de la vida cotidiana, de la educación, del ocio de un momento histórico concreto tan estudiado y a la vez tan desconocido.

También aquí debemos incluir evidentemente el esfuerzo de algunos investigadores como el historiador David Ginard i Ferón, quien ya entre 1989 y 1992 había entrevistado en cintas de cassette a numerosos testigos que habían participado y sufrido los años de la segunda república, la guerra civil y el franquismo en Baleares. El proyecto finalmente vio la luz en forma de tres volúmenes bajo la denominación de *Històries orals del moviment obrer a les Balears (1930-1950)* en el que se recogían más de 100 testimonios en poco más de 1.000 páginas, relatos que Ginard completó con un exhaustivo estudio de la prensa de la época y de numerosos documentos archivísticos procedentes de diversas instituciones. Fruto de esa investigación, especialmente en archivos judiciales y penitenciarios, fue la localización y documentación de unos testimonios vivos sobre acontecimientos que en su mayoría habían quedado huérfanos de historia y que desaparecían entre los grandes rasgos de la historia contemporánea de Baleares. Las reuniones, las charlas en tabernas y ateneos, los grupos de acción, las juventudes..., y así una multitud de temas tan dispares como la experiencia personal de cada uno de los sujetos que en ellos participaron se compilaban oralmente en esos dos ejemplos y en memorias y correspondencias a las que hemos podido tener acceso. Ambas experiencias, la escrita y la que se ofreció en forma de documental, eran en la práctica pioneras a la hora de registrar las vivencias de personas anónimas que en muchos casos no había compartido su experiencia vital ni siquiera con sus familiares cercanos.

Desde la academia apenas se habían repetido los tópicos sobre la historia del movimiento obrero en Mallorca y se ofrecían escasas guías sobre archivos, documentos o metodologías de trabajo para

abordar personajes históricos como los analizados. Apenas un puñado de textos como *El moviment obrer a Mallorca* (Gabriel, 1973) o *La guerra civil a Mallorca* (Massot i Muntaner, 1976) abordaban desde diferentes prismas testimonios sobre la presencia del anarquismo y del obrerismo en la localidad. Se había repetido una y otra vez la negación de entrega de armas por parte de las autoridades gubernativas para detener el golpe de Estado fascista o la rápida rendición de buena parte de las ciudades mallorquinas ante el avance de las tropas sublevadas. La detención y la actuación represiva contra destacados dirigentes políticos del momento rememoraban nombres de alcaldes y personalidades de la cultura que sufrieron prisión y muerte, pero se olvidaban de miles de personas que acabaron con la misma trágica suerte. Cuando uno se pregunta sobre casos concretos más desconocidos en esa historia más representativa acaban por encontrarse con algunos pequeños protagonistas que deciden, aún sabiendo de la fuerza del enemigo, lanzar proclamas y salir a la calle en una ciudad tomada para declarar una huelga general contra los golpistas, otros que deciden, a pesar de saberse señalados salir ese mismo día a la calle en zonas del interior de Mallorca u otros tantos que, simplemente por el hecho de participar en actos de solidaridad en épocas anteriores, huían o se escondían ante el temor de lo que se les venía encima.

El caso de la historia del anarquismo en las islas Baleares, en su vertiente académica, no difiere mucho de la evolución que han sufrido las investigaciones sobre temáticas similares en otros lugares. Por un lado, se centralizaron los estudios de historia sobre experiencias obreras desde la década de los años setenta del siglo XX, mientras que por otro, el foco generador de temas históricos era la Universidad y el entramado editorial que crecía en su entorno y, más tarde, al fervor de las más que golosas ayudas económicas a la edición. Merece la pena recordar que este *maderamen* se nutría de los miles de ejemplares que se vendían de libros y textos relacionados con la historia social y las *ejemplarizantes* “luchas de clases”. En el caso que nos atañe, aparecieron dos elementos que no facilitaron o

que, como mínimo, ralentizaron la creación de grupos de debate o trabajos sobre las múltiples experiencias libertarias que se podían recoger. Por un lado, la larga noche del franquismo, afectó de lleno a las temáticas históricas que se abordan, mientras que por otro, la normalización historiográfica pasó (al menos en el caso local) por un proceso de formalización de escuelas de historiadores en las órbitas del materialismo histórico y también del nacionalismo; ambas, en su vertiente académica, generaron no pocas ediciones en las que parecían primarse sus condicionantes a veces más subjetivos que objetivos. Y, como no podía ser de otra forma, grupos marginales, secundarios y escenarios en los márgenes de la Historia, quedaban sin vocero o incluso se silenciaban. A finales de los setenta, se buscaban familiares o referencias políticos-ideológicas y, en ese instante, el anarquismo local era poco menos que minoritario y centrado en temáticas sindicales o ecologistas.

Es preciso señalar que la losa franquista no era la única situación a tener en cuenta. En este proceso de normalización ya estudiado por suerte en numerosas ocasiones, jugaban un papel singular también la aparición de revistas, instituciones, asociaciones y redes de investigación que configurasen un nuevo paradigma historiográfico. Y la situación no era nada fácil, por un lado las revistas e instituciones que se encargaban de la difusión histórica estaban ligadas a entidades con dinámicas poco renovadoras y fuertemente conservadoras, mientras que por otro, la Universitat de les Illes Balears como el foco de creación de futuras generaciones de profesores, historiadores, archiveros e investigadores, no se puso en marcha hasta principios de los años setenta del siglo XX, cuando se instaló en Palma la Facultad de Filosofía y Letras, dependiente—eso sí—de la Universitat de Barcelona, hasta que finalmente en 1978 se constituyó la Universitat de les Illes Balears. Durante esa década se producen una tímida renovación de temas y la irrupción de una nueva generación de autores adaptados, aunque no en su mayoría, a metodologías multidisciplinares que acudían a documentos escritos para refrendar o desmentir afirmaciones. Quizás uno de los casos paradigmáticos sea el estudio ya citado de Pere Gabriel

El Moviment Obrer a Mallorca, publicado en 1973 y que aún sigue constituyendo un corpus excelentemente armado sobre la historia política y social de Mallorca durante los dos últimos siglos, que se fue completando con otros tantos estudios en las nuevas revistas sobre humanidades que iban apareciendo (Gabriel, 1975; Ginard, 2019).

Esta realidad historiográfica, mostrada de forma muy sintética, se combina con una situación documental más que mejorable. En muchos casos, los archivos en los que debía conservarse información sobre estos sujetos y acciones sufrieron robos y expurgaciones, algunas de estas desapariciones fueron intencionadas y pretendían, con toda probabilidad, hacer desvanecer algunos de los testimonios que se pudieran conservar sobre hechos más que punibles. Por lo general, en el ámbito local y regional en el que nos movemos existen esas pérdidas de documentos digamos que *ocasionales*, así como un gran conjunto documental que resta aún por estar catalogado (bien conservado y de acceso al investigador). Si a ello le añadimos los contratiempos que se pueden presentar, la información escrita generada por el Estado y con cierta *sensibilidad* como la policial, penitenciaria o judicial o la dispersión de los restos documentales, nos situamos ante un complejo escenario en el que los problemas metodológicos que se plantean no son menores. Cuando uno se interesa por estas historias de personas anónimas en momentos tan representativos y extraordinarios como pudieran ser un conflicto armado o un golpe de Estado, se sigue llevando sorpresas. Hace unos quince años, en un suplemento dominical de un periódico local leía una entrevista a María C., por aquel entonces. María era una señora ya mayor, que explicaba (setenta años después de la guerra) que su padre había sido detenido en Cádiz y, que desconocía el motivo de la ausencia del mismo y de su desaparición forzosa y evidente asesinato. La casualidad hizo que inmediatamente se cruzaron dos datos que despejaron un poco el fatal dilema. Su padre era Juan C., citaba en la entrevista, un panadero trabajador, buena persona que acabó migrando de Mallorca a Cádiz y que allí, a tenor de los datos que poseía, había sido detenido poco después del golpe de Estado. Una de esas manías me llevó a abrir

los diferentes archivos que conservamos con nombres, colaboraciones, filiaciones y actos convertidos en una base de datos con las que suelo trabajar y que —en el fondo— solo cobra sentido, en el mejor de los casos, para el creador de la misma. Y allí aparecía el citado C., panadero, eso sí, pero militante de la CNT en Baleares y uno de los organizadores del Sindicato de Panaderos en los años veinte.

En efecto, Juan C. había emigrado a Cádiz, allí habría trabajado honradamente como panadero, pero además de ser “buena persona”, en palabras de su hija, era un activo anarquista en Palma durante la década de los años 20 del siglo XX. Me puse en contacto con la familia y me dirigí a su domicilio, pero no quería importunarles. Recuerdo dejar una carta con unas fotocopias de textos publicados en *Cultura Obrera*, el semanario anarquista de Mallorca, y marché sin llamar al timbre. Lo siento María, pensé que era lo más sensato y así actué. Una o dos semanas después recibí una nota de mi centro de trabajo, allí me comentaron que había telefonado una señora preguntado por mí y que quería hablar conmigo, facilitándome su nombre y teléfono particular en un *post-it*. Me dispuse a llamar, y al otro lado del aparato, me respondió la voz de una mujer con gran templanza, con una conversación que se mantuvo más o menos de la siguiente forma:

¿Dígame? —se escuchó en el teléfono.

Buenas tardes, me gustaría hablar con María C.

Al otro lado me habían contestado sin saber quién era, y apenas, unos instantes después, entre algún sollozo y voz entrecortada, me respondieron:

—*Soy yo* y preguntaron a la vez: *¿eres Jordi?*

—*Llevo todos estos días esperando tu llamada desde hace tiempo...*, haciendo referencia a los días desde que me había dejado la nota en mi trabajo, casi una semana.

Sí, lo siento, no te pude llamar antes ya que no vengo todos los días a este trabajo y me acaban de pasar la nota.

Al otro lado, silencio, únicamente escuché repetido en varias ocasiones *gracias, gracias, gracias*.

Desde ese mismo instante supe qué mi trabajo entre papeles y horas de soledad tenía sentido, pero asimismo que debía conservar ese mismo silencio para quizás, protegerme del dolor de esos familiares que han perdido a sus seres queridos. Tampoco supe que decirle, simplemente le comenté que había leído su entrevista en la prensa y que pensaba que la información que le había facilitado le podía despejar la incógnita. A su padre lo habían matado por motivos ideológicos, aunque podría haber alguna otra causa, si es que lo podemos llamar así.

Me sigue llamando la atención el miedo e incluso horror que sienten algunas personas, familiares de desaparecidos cuando averiguan, sin sospechar de ello, que sus seres queridos eran anarquistas. Recuerdo que María me comentó que cuando escuchó de mi boca que su padre era anarquista se asustó enormemente. Al uso, tenía las habituales noticias de los “terribles” actos cometidos por anarquistas por todo el mundo y que solían acompañar algunos noticieros con los que convivía en la soledad de su planta baja, una casita en el Vivero, una barriada con cierta solera en Palma. Después del susto, me comentó, se dispuso a leer los textos que yo mismo le había facilitado de su padre. Tras ello, me dijo, se había dado cuenta de que su padre, además de panadero, era anarquista y según lo que había leído, era una maravillosa persona, que soñaba con un mundo nuevo, mucho mejor del que a ella le había tocado vivir.

Ahora ya sé porqué lo mataron —fue su última afirmación.

A partir de ese momento volvieron los agradecimientos y, como pudimos cerramos la conversación. Nunca más hablamos, tal vez nos cruzamos algún correo electrónico, pero no quería importunarla. Ochenta años después, esa hija conocía por primera vez parte de la historia de su padre, una historia que también le habían robado, silenciado y ocultado, incluso su propia familia. Era un claro ejemplo de la transmisión generacional a la que alude Clara Valverde (2014) cuando se refiere al impacto emocional que las generaciones que sufrieron el trauma de la represión o de la desaparición de seres queridos soportaron mediante el miedo, el silencio, la rabia y las múltiples

impotencias sobre un relato histórico que no acaba de responder a las innumerables preguntas que se han realizado a lo largo de todos estos años. Convendría recordar que la citada María afirmaba con rotundidad que su padre no pertenecía a ningún partido político, dato que sin duda corroboraba alguno de los indicios que ya comparecen en otros documentos. Un buen ejemplo sería el *Diccionari Vermell* (Capellà, 1989; Garí, 2019), publicado en 1989, un texto que sirve de antesala a la creación e impulso del movimiento por la recuperación de la memoria histórica insular. Se trata de un libro que incluye una recopilación más literaria que histórica de la represión franquista en la isla de Mallorca, pero que documenta, con testimonios orales buena parte de los perseguidos y asesinados. Muchos de los nombres allí compilados aparecen sin filiación política y, en buena parte de los casos, se puede determinar una adscripción a la CNT o parte del movimiento libertario mallorquín, motivo más que suficiente para ser represaliado. En definitiva, una situación documental compleja, a la que debemos unir la falta de referentes historiográficos y otras consideraciones como la dispersión testimonial, las dificultades de acceso y movilidad por horarios, por estudiar hechos que no siempre generan fuentes primarias o incluso, por el simple hecho de abordar esta tipología de estudios desde las condiciones geográficas insulares.

Las situaciones descritas no son las únicas dificultades que nos hemos encontrado a lo largo de estos años, pero pueden servir de punto de partida o de reflexión para futuros estudios. Las consideraciones, a título personal, dan una muestra de parte de las singularidades con las que nos topamos en nuestro día a día, sin que esto suponga que la ilusión con la que acudimos a las fuentes escritas y orales sea, a día de hoy, tan emocionante como lo era hace veinte años, cuando entrevistábamos y leíamos testimonios que aspiraban a un mundo totalmente diferente al que les tocó vivir. En eso estamos todavía.

Bibliografia

- Capellà, Ll. (1989). *Diccionari Vermell*. Palma: Editorial Moll.
- Floristán, J. (1991). *Cosas vividas*. Vitoria: Asociación Isaac Puente.
- Gabriel, P. (1975). “Entorn del moviment obrer a Mallorca el segle XIX”. En *Randa* (Nº 1), pp. 89-128.
- (1973). *El moviment obrer a Mallorca*. Barcelona: Curial.
- Garí, T. (2019). *La repressió feixista a Mallorca durant la Guerra Civil i la postguerra (1936-1945)*. Palma: Lleonard Muntaner.
- Ginard, D. (2012). *Històries orals del moviment obrer a les Balears (1930-1950). Vol. I*. Palma: Documenta Balear.
- (2014). *Històries orals del moviment obrer a les Balears (1930-1950). Vol. II*. Palma: Documenta Balear.
- (2018). *Històries orals del moviment obrer a les Balears (1930-1950). Vol. III*. Palma: Documenta Balear.
- (2019). “Pere Gabriel, iniciador dels estudis sobre el moviment obrer a les Balears”. En *Mayurqa* (Nº 1), pp. 75-80.
- Iglesias, Ó. (2007). “Desestimada la denuncia contra el historiador Dionisio Pereira”, en *El País* (Madrid), 14 de diciembre de 2007.
- Maíz, J. (2019). *Contra l'estat. Repressió, antimilitarisme i cooperativisme a Mallorca (s. XIX)*. Mallorca: Ateneu Lo Tort-Calumnia.
- Massot i Muntanet, J. (1976). *La Guerra Civil a Mallorca*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Moradielos, E. (2004). “Ecos y memorias de la guerra civil”, en *La persistencia del pasado. Escritos sobre la historia*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Moret, X. (2002). *Tiempo de editores*. Barcelona: Destino.
- Pereira, D. (2005). “Os Mortos esquecidos, radiografía da represión franquista nun pequeno concello rural, o caso de Cerdedo (Pontevedra)”, en *A represión franquista en Galicia*. Narón: Asociación Cultural Memoria Histórica Democrática, 2005, pp. 501-515.

- Tusquets, E. (2009). *Confesiones de una vieja dama indigna*. Barcelona: Bruguera.
- Valverde, C. (2014). *Desenterrar las palabras. Transmisión generacional del trauma de la violencia política del s. XX en el Estado español*. Barcelona: Icaria.